



www.loqueleo.com

© De esta edición:
2017, Santillana S. A.
Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-805-1
Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Diciembre 2014
Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2017
Segunda reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Prólogo: Joaquín Díaz
Selección, estudio y notas: Eugenio Alonso Martín
Versión actualizada: Luis Guarner
Fotografías interiores: García-Pelayo/Juancho; O. Torres; Archivo Santillana
Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega
Diseño de cubierta: Sandra Restrepo
Actividades: Liset Lantigua

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



ANÓNIMO

loqueleo

Índice



Prólogo	9
Nuestra edición	13
Cantar primero	
Destierro del Cid	15
Cantar segundo	
Bodas de las hijas del Cid	99
Cantar tercero	
La afrenta de Corpes	191
Estudio del <i>Cantar de mío Cid</i>	281
1. Estudio de la época	283
2. El autor y su obra	295
3. Estudio de la obra	299
4. Más allá del texto literario	311
Cuaderno de análisis	313

Prólogo

por Joaquín Díaz



Quienes busquen una explicación al hecho de que un personaje como Rodrigo Díaz, el Cid, haya despertado durante siglos el interés de generaciones y generaciones de lectores y oyentes, deberán recurrir a su distintivo de héroe. Cuando el *Cantar* se escribe, el Cid ya era famoso y los versos que componen el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid son en realidad “las nuevas”, o sea las noticias, que de él se dan para quienes deseen satisfacer su curiosidad sobre el personaje heroico.

El carácter del Cid y su comportamiento son, en cuanto humanos, muy cercanos a quienes se aproximen a escuchar los relatos que sobre él se van produciendo. Rodrigo suspira, sonríe, llora, sueña, se alegra y hasta reacciona de forma práctica o lógica ante los problemas que la suerte o el hado le plantean. También es mesurado, leal, valiente y bien nacido. Pero además de todo eso, lo que le da una especie de derecho que le eleva sobre el resto de los mortales es su capacidad para asumir el riesgo de enfrentarse a los conflictos, así como su virtud especial para solucionarlos.

Parece casual que el manuscrito carezca de la primera página y comience con el episodio del extrañamiento del héroe de su tierra. Sin embargo, hecho es providencial y comparable con la estructura de muchos relatos fantásticos cuyo primer argumento es la salida del protagonista de su hogar. Precisamente el éxito de los relatos es su fórmula abierta, que permite ensamblar nuevos hechos, añadir sin dificultad situaciones interesantes, sin afectar o alterar la personalidad del héroe. Y estos hechos, esas circunstancias legendarias, vienen a refrendar la opinión que la sociedad tiene acerca de sus valores o a reforzar la admiración popular hacia su comportamiento. Se podría añadir que el ritual que el mito necesita para consolidarse consiste en leer o escuchar una y otra vez la historia del personaje heroico. Durante siglos ese rito se alimentó del estudio y lectura de los textos cidianos (*Cantar*, romances), así como de la recitación e interpretación de los mismos bajo la sujeción tan exigente como poco conocida de las normas orales. Por fortuna, entre los trabajos que ha generado el *Cantar*, en concreto, tienen cada vez más interés aquellos que explican algunas de sus peculiaridades mediante de los patrones salmódicos con que los cantores especializados transmitían esos relatos. De ese modo, cabría considerar el *Cantar* como la instantánea de una serie de hechos que, antes y después de ser fijados por escrito, circularon en boca de esos especialistas adaptando su forma y su ejecución a la habilidad del bardo o a la curiosidad de la audiencia. *Cantar* y romances van configurando un perfil de Rodrigo Díaz que deja

de pertenecer a la historia para entrar por derecho propio en el ámbito de lo legendario. Sus rasgos se dibujan con trazos tan diversos como su pretendida bastardía o su probado arrojo, pero el carácter abierto de la historia que sobre él se urde permite que a las cualidades que se le atribuyen en el *Cantar* —medura, oportunidad, madurez, honradez— se le añadan otras en el Romancero —generosidad, apasionamiento, fortaleza, discreción—, sin dejar de alabar en todo momento su oficio y su condición de caballero que no solo lo definen sino que lo encumbran.

En cualquier caso, la conducta de Rodrigo es creíble y responde finalmente al retrato que poetas, artistas y público han querido o han necesitado pintar de él.

Nuestra edición



La presente selección del *Cantar de mío Cid* se ha hecho a partir de la edición de la editorial Aguilar de 1969, en la que se ofrece el texto primitivo del poema establecido por Ramón Menéndez Pidal y la transcripción moderna versificada de Luis Guarner.

Se han suprimido los versos reconstruidos y los fragmentos en prosa con los que Menéndez Pidal pretende suplir las lagunas del manuscrito a partir de las Crónicas.

Asimismo, hemos procurado mejorar la lectura que del manuscrito hizo Menéndez Pidal, corrigiendo, en algunos casos, su texto a la luz de las ediciones más modernas del poema.



Cantar primero

Destierro del Cid

Destierro del Cid



El poema comienza abruptamente, pues en el manuscrito conservado falta el primer folio, que contenía unos cincuenta versos.

El contenido de ese primer folio puede ser reconstruido por medio de las Crónicas, y en él se narraría cómo el Cid ha sido enviado por el rey Alfonso VI a cobrar los tributos que los reyes moros de Andalucía le pagaban anualmente. Al llegar el Cid, Al-Motamid, rey de Sevilla, estaba siendo hostigado por el conde castellano García Ordóñez, y el Cid presta ayuda a Al-Motamid, pues, en definitiva, se trata de un vasallo de Alfonso VI y debe ser amparado. El Cid vence al conde castellano y le hace prisionero en la ciudad de Cabra. Al volver a la corte, el Cid es acusado por sus enemigos de haberse quedado con parte de los tributos. El rey hace caso de esas acusaciones y castiga al Cid con el destierro, dándole un plazo de nueve días para abandonar el reino. El Cid se dirige a sus vasallos para saber quiénes de ellos le acompañarán al destierro. Álvar Fáñez toma la palabra en nombre de todos y proclama solemnemente que le seguirán pues son sus amigos y leales vasallos.

**El Cid convoca a sus vasallos;
estos se destierran con él.
Adiós del Cid a Vivar**

18 De los sos ojos tan fuertemiente llorando,
tornava la cabeça e estávalos catando.
Vio puertas abiertas e uços sin cañados,
alcándaras¹ vazías sin pieles e sin mantos
e sin falcones e sin adtores mudados².
Sospiró mio Çid, ca mucho avié grandes
cuidados. Fabló mio Çid bien e tan mesurado:
“¡Grado a ti, señor padre, que estás en alto
”Esto me an buelto míos enemigos malos.”

¹ *alcándaras*: perchas para colgar la ropa o posar a las aves de caza.

² *adtores mudados / azores mudados*: azores que habían mudado las plumas y eran por ello muy apreciados para la caza.

**El Cid convoca a sus vasallos;
estos se destierran con él.
Adiós del Cid a Vivar**

De sus ojos mío Cid, va tristemente llorando,
volvía atrás la cabeza y se quedaba mirándolos.
Miró las puertas abiertas, los postigos sin candados,
las alcándaras¹ vacías sin pellizones ni mantos,
sin los halcones de caza ni los azores mudados².
Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado,
y comenzó a hablar así, tan justo y tan mesurado:
“¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto!
Todo esto me han urdido mis enemigos malvados”.

19



Agüeros en el camino de Burgos

20 Allí pienssan de aguijar³, allí sueltan las riendas.
 A la exida de Bivar, ovieron la corneja diestra⁴,
 e entrando a Burgos oviéronla siniestra.
 Meçió mio Çid los ombros y engrameó la tiesta⁵:
 “¡Albricia, Álvar Fáñez, ca echados somos de tierra!”

³ *aguijar / aguijaban*: picar el caballo con la espuela.

⁴ *corneja diestra*: ver volar una corneja por la derecha era signo de buen augurio al emprender un viaje.

⁵ Ademán supersticioso para alejar los malos augurios.

Agüeros en el camino de Burgos

Ya aguijaban³ los caballos, ya les soltaban las riendas. 21
 Cuando de Vivar salieron vieron la corneja diestra⁴,
 y cuando entraron en Burgos la vieron a la siniestra.
 Movió mío Cid los hombros y sacudió la cabeza⁵:
 “¡Albricias”, dijo, “Álvar Fáñez, que de Castilla nos
 [echan!”.



El Cid entra en Burgos

22 Mio Çid Ruy Díaz, por Burgos entróve.
 En su conpañã sessaenta pendones;
 exien lo veer mugieres e varones,
 burgeses e burgesas, por las finiestras son,
 plorando de los ojos, tanto avien el dolor.
 De las sus bocas todos dizian una razón:
 “Dios, que buen vasallo, si oviesse buen señor!”

El Cid entra en Burgos

Mío Cid Rodrigo Díaz en Burgos, la villa, entró;
 hasta sesenta pendones llevaba el Campeador;
 salían a verle todos, la mujer como el varón;
 a las ventanas la gente burgalesa se asomó
 con lágrimas en los ojos ¡que tal era su dolor!
 Todas las bocas honradas decían esta razón:
 “¡Oh, Dios, y qué buen vasallo, si tuviese buen señor!”

23

Nadie hospeda al Cid. Solo una niña le dirige
la palabra para mandarle alejarse.
El Cid se ve obligado a acampar fuera
de la población, en la glera

- 24 Conbidar le ien de grado, mas ninguno non osava:
el rey don Alfonsso tanto avié le grand saña.
Antes de la noche en Burgos dél entró su carta,
con grand recabdo e fuertemientre seellada:
que a mio Çid Ruy Díaz que nadi nol diessen posada,
e aquel que gela diesse sopiesse vera palabra
que perderí los averes e más los ojos de la cara,
e aun demás los cuerpos e las almas.
Grande duelo avién las yentes cristianas;
ascóndense de mio Çid, ca nol osan dezir nada.
El Campeador adeliñó a su posada;
así como llegó a la puorta, fallóla bien çerrada
por miedo del rey Alfons, que assí lo pararan:
que si non la quebrantás, que non gela abriessen por nada.
Los de mio Çid a altas voces llaman
los de dentro non les querién tornar palabra.
Aguijó mio Çid, a la puerta se llegaua,
sacó el pie del estribera, una feridal dava;
non se abre la puerta, ca bien era çerrada.
Una niña de nuef años a ojo se parava:
“¡Ya Campeador, en buena çinxiestes espada!

Nadie hospeda al Cid. Solo una niña le dirige
la palabra para mandarle alejarse.
El Cid se ve obligado a acampar fuera
de la población, en la glera

- De grado le albergarían, mas ninguno se arriesgaba:
que el rey don Alfonso al Cid le tenía grande saña.
Antes de la noche, a Burgos llegó aquella real carta
con severas prevenciones y fuertemente sellada:
que a mío Cid Ruy Díaz nadie le diese posada,
y si alguno se la diese supiera qué le esperaba:
que perdería sus bienes y los ojos de la cara,
y que además perdería salvación de cuerpo y alma.
Gran dolor tenían todas aquellas gentes cristianas;
se escondían de mío Cid, no osaban decirle nada.
El Campeador, entonces, se dirigió a su posada;
así que llegó a la puerta, encontrósela cerrada;
por temor al rey Alfonso acordaron el cerrarla,
tal que si no la rompiesen, no se abriría por nada.
Los que van con mío Cid con grandes voces llamaban,
mas los que dentro vivían no respondían palabra.
Aguijó, entonces, mío Cid, hasta la puerta llegaba;
sacó el pie de la estribera y en la puerta golpeaba,
mas no se abría la puerta que estaba muy bien cerrada.
Una niña de nueve años frente a mío Cid se para:
“Cid Campeador, que en buena hora ceñisteis la espada,